

II

SARAH SPRINZ



DUNBRIDGE
ACADEMY

ANYONE

Nadie como tú

SARAH SPRINZ



DUNBRIDGE
ACADEMY

ANYONE

Nadie como tú

Traducción de Albert Vitó i Godina

 Planeta

Título original: *Dunbridge Academy. Anyone*

© 2022 by Bastei Lübbe AG

Rights negotiated through Ute Körner Literary Agent – www.uklitag.com

© por la traducción, Albert Vitó i Godina, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: julio de 2023

ISBN: 978-84-08-27586-2

Depósito legal: B. 11.366-2023

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirigete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.



Victoria

Undécimo curso

—¿Se puede saber qué hacías tanto rato ahí dentro?

«Sonríe. No lo dice en serio. Y aunque fuera así, tampoco importa.»

—Me estaba refrescando un poco —respondo con la máxima indiferencia de la que soy capaz mientras enderezo la espalda. Dentro de mi cabeza oigo la voz de mi madre.

«Si quieres llevar un vestido de esa envergadura, tienes que andar erguida. Los hombros hacia atrás, la barbilla bien alta.»

Sé cómo funciona esto. He tenido oportunidades de sobra de practicar para eventos como el baile de Año Nuevo de la Dunbridge Academy. Y Valentine también, al fin y al cabo se apellida Ward, pero, aunque me acerco un poco más a él, no me ofrece el brazo. De hecho, ni siquiera me mira directamente, sino que se vuelve hacia sus amigos de último curso. Charlan y se ríen de bromas que no comprendo mientras fuman, y el aire helado me llena los pul-

mones. La música del salón de fiestas se oye amortiguada de fondo. El alumnado está reunido formando grupitos sobre el patio adoquinado que hay entre los edificios antiguos de ladrillo oscuro. Trajes caros, vestidos de baile des-pampanantes, brazaletes resplandecientes, pendientes que cuestan tanto como un coche y relojes de pulsera tan caros y exclusivos que solo pueden llevarse en ocasiones como esta. Es la única noche del año en la que la Dunbridge Academy hace honor de verdad a su reputación como internado de élite. El dinero prácticamente se huele en el ambiente. Es un poco como las cenas y eventos a los que acompaño a mis padres algunas veces.

Le echo un vistazo a la puerta de doble hoja que acabo de cruzar. Hace un momento tenía demasiado calor, pero el frío que reina aquí fuera me recuerda que estamos a mediados de enero. El vestido color arena que llevo puesto me llega hasta los pies y tiene las mangas ajustadas, pero el fino tejido de satén no abriga nada. Noto la piel de gallina en la nuca. Cruzo los brazos, helada, y me coloco junto a Val. El escote de la espalda sin duda es espectacular, de hecho fue el principal motivo para elegir este vestido, pero ahora mismo me arrepiento de no haberme decidido por un modelo más cálido. Debería volver a entrar. No fumo, de manera que podría esperar dentro a Val. O él podría ofrecerme su chaqueta, aunque no tiene pinta de que vaya a pasársela siquiera por la cabeza.

Me duelen los pies, estoy cansada, pero todavía no es medianoche. Aguanta, Belhaven-Wynford. El año pasado estuviste hasta poco antes de la una y media en la pista de baile y pasaste la mejor noche de tu vida. Me estoy haciendo vieja, ¿es eso? ¿O es que simplemente con Sinclair, Henry,

Olive y los demás me lo pasaba mejor? Ahora que lo pienso, ¿dónde se han metido? No me da la sensación de que Val vaya a echarme de menos si me voy un momento con mis amigos. Me dispongo a buscarlos cuando veo salir a más gente del vestíbulo.

Sinclair lleva las manos hundidas en los bolsillos de los pantalones de su traje oscuro; está borracho. Se nota en su postura incluso bajo la escasa iluminación que aportan las farolas y los braseros del exterior. La luz parpadea en los muros del claustro y en la mirada achispada de mi mejor amigo, que viene enseguida a mi encuentro. Siempre relaciono a Sinclair con el uniforme azul marino de la Dunbridge Academy, cuya chaqueta odia a muerte hasta el punto de ponérsela a menudo solo colgada de un hombro, pero el traje negro que lleva hoy, con los zapatos de cuero y la camisa blanca, se ajusta como un guante a su cuerpo esbelto. No sé qué se ha hecho en el pelo, pero los mechones rubios le caen sobre la frente con particular desenfado. Debería agradecerme que lo convenciera para ir a la peluquería unos días antes del baile. Siempre parece un caniche recién esquilado, pero hoy le queda especialmente bien, y lo mejor de todo es que no es consciente de ello.

Tras él van Henry y Emma, que me saluda nada más verme. Se libra del brazo con el que Henry la envolvía y corre a mi encuentro. Estoy bastante segura de que ese vestido azul marino tan ajustado no le quedaría a nadie tan bien como a ella. Emma es la persona más deportista que conozco, pero al mismo tiempo también la más elegante. Y encima va acompañada por Henry, que se puede poner lo que le dé la gana y siempre parece un príncipe de cuento. Juntos forman una pareja sensacional.

—Vuelvo enseguida —murmuro mirando a Val, y acto seguido me doy la vuelta para evitar la nube de humo que viene directa hacia mi cara.

Estoy un poco mareada, y no solo por la humareda de los cigarrillos. Llevo todo el día tensa, por eso apenas he podido probar bocado durante la cena. Todavía estoy esperando el momento en que los nervios remitan lo suficiente para dejarme disfrutar de verdad del baile.

—¿Y bien? ¿Cómo va la noche, chicos? —pregunto, y yo misma me sorprendo de mi capacidad para fingir que estoy de buen humor a pesar de lo vacía que me siento por dentro.

Sinclair se me queda mirando fijamente cuando reprimo un escalofrío. Se saca las manos de los bolsillos y sé que las tiene calientes. Sin embargo, no me acerco a él y dejo que me envuelva con un brazo como siempre hacemos, porque es el único chico que puede tocarme sin que eso signifique algo. Me quedo quieta y Emma me habla, pero no llego a procesar el contenido de sus palabras. Sinclair evita mirarme. Intento sonreír, pero me cuesta, porque no puedo parar de preguntarme por qué las cosas son tan raras entre nosotros desde hace un tiempo. Por qué me siento como una traidora por haber venido aquí con Val, por pasar la velada con él y sus amigos en lugar de estar con los míos. Al fin y al cabo, Sinclair no llegó a pedirme que fuera su acompañante. Esperaba que lo hiciera, como todos los años, y es que este baile es una de las pocas situaciones en las que el feminismo abandona mi cuerpo. En el fondo me gustaría que me lo hubiera pedido como se lo piden a las protagonistas de los libros que leo. Que me lo pidiera él, Sinclair. Medio en broma, por supuesto, porque al fin y al

cabo es mi mejor amigo, aunque luego todos habrían interpretado algo distinto. Pero el caso es que no me lo propuso. Claro que no. Se lo pidió a Ellie Inglewood, y ella ha presumido delante de todas sus amigas. Pero después de bailar un par de veces juntos, Sinclair ha vuelto con Henry y los demás. Normalmente, yo habría ido con Gideon o con Omar, con alguien que me cayera bien y a quien conociera lo suficiente para estar segura de que no querrían liarse conmigo. Pero este año no hay nada normal, porque he venido con Val, que sin duda quiere liarse conmigo. Después de todo, eso es lo que me gusta de él: que me desea. ¿Quién no quiere ser el objeto de deseo de Valentine Ward, el capitán del equipo de rugby y rey tácito de Dunbridge?

Emma se abanica un poco y se ríe. Lo más probable es que vaya borracha. Henry se inclina hacia ella y la besa. Es lo único que me molesta del baile de Año Nuevo: el alcohol que circula clandestinamente en cantidades industriales todos los años.

Miro a Sinclair, que se ha quitado la chaqueta. Una profunda arruga se ha instalado en su entrecejo cuando me la tiende. Titubeo antes de aceptarla.

—Estás helada —constata sin más. Su voz suena indiferente, pero al mismo tiempo en sus ojos claros reluce algo que consigue que me flaqueen las rodillas.

Antes incluso de que pueda plantearme si acepto el gesto, noto un pesado brazo sobre los hombros.

—¿Volvemos a entrar?

Huelo el alcohol en el aliento de Val y quiero apartar la cabeza, pero me obligo a no hacerlo. Se acabará enfadando si lo pongo en evidencia delante de mis amigos. No es nin-

guna novedad que es muy sensible respecto a esas cosas. Y seguro que tiene sus motivos, aunque me gustaría que se decidiera a compartirlos conmigo más a menudo. Desde que tenemos más relación, puedo contar con los dedos de una mano las ocasiones en las que Val me ha hablado acerca de su hermana. Su relación no parece haber mejorado desde que se graduó en Dunbridge hace unos años y se marchó a estudiar a Oxford.

—Claro —respondo, y asiento mientras Sinclair se pone de nuevo la chaqueta. Sus labios han quedado reducidos a una fina línea de tanto que los aprieta.

—¿Dónde has dejado a Ellie? —pregunta Val en ese tono de desprecio al que Sinclair reacciona de un modo absolutamente alérgico—. ¿Ya está en la cama o todavía está jugando con sus amigas del parvulario?

—Val —murmuro en tono conciliador, intentando llevármelo a un lado. Me pone de los nervios que él y Sinclair siempre terminen enfrentándose en esos juegos de poder innecesarios.

Sinclair tensa los puños.

—¡Cállate, Ward!

—No te pongas tan gallito, ¿vale? —replica Val dando un paso hacia él. Es más alto que Sinclair y, aunque no creo que sean tan inmaduros como para liarse a puñetazos, me pongo nerviosa.

—¿No? ¿Por qué? ¿Qué piensas hacer? —sisea Sinclair—. ¿O crees que vendrá tu tío a sacarte las castañas del fuego? Qué lástima que ya no trabaje aquí.

—Ten cuidado con lo que dices.

—Val... Vámonos —digo tirándole del brazo. Sin embargo, lo agita bruscamente y consigue zafarse de mí.

—¿Tu madre sabe que bebes durante el baile de Año Nuevo? —pregunta.

—No, pero seguro que se alegrará si se entera de dónde sale el alcohol.

—Que te den por culo, Sinclair —gruñe Val. Suelto un suspiro de alivio cuando por fin me permite arrastrarlo. Es una sensación extraña, la de llevármelo hacia la entrada para alejarlo de Sinclair y de los demás—. Lo siento —murmura cuando solo yo puedo oírlo—. Ya sé que era innecesario y que son tus amigos.

Abro la boca, pero estoy demasiado sorprendida para decir nada. Al menos nada adecuado.

—No pasa nada —respondo.

«¿En serio?»

En realidad no me parece nada bien la manera en que les habla a mis amigos, pero parece que él mismo se ha dado cuenta. Y parece remorderse la conciencia cuando mete las manos en los bolsillos de los pantalones.

—Esto no tiene ni pies ni cabeza, parece una de esas ridículas galas que celebra mi madre —dice deteniéndose—. Todo el mundo acude solo para que lo vean.

Asiento y pienso en los eventos que organiza Veronica Ward, a los que mi familia suele acudir como invitada. La mansión de la familia de Val se encuentra a unos tres cuartos de hora de la casa de mis padres. Nuestros padres juegan al golf juntos, cuando no acompañan a nuestras madres en comidas de negocios. La madre de Val es un pez gordo del sector inmobiliario, mientras que la mía es galerista y se dedica a vender a la alta sociedad cuadros que a menudo cuestan tanto dinero como una casita unifamiliar. Colaboran con frecuencia. Una mano lava la otra, como

suele decirse. No obstante, la verdad es que simplemente prefieren que los negocios no salgan de nuestro círculo social.

Llevo oyendo el apellido Ward desde niña. A Valentine seguro que le ocurre lo mismo con Belhaven-Wynford. No cabía la menor duda de que nos encontraríamos de nuevo en Dunbridge; al fin y al cabo, es el internado de referencia de la alta sociedad británica que desea ofrecer a sus hijos la mejor formación posible. Según las malas lenguas, la educación aquí se adapta perfectamente a las necesidades de la élite, aunque eso no puedo juzgarlo, ya que es el único instituto que he conocido. Si fuera uno de los personajes de las novelas que leo, seguramente tendría que aborrecer vivir en esta burbuja elitista por una cuestión de principios, pero lo cierto es que aprecio de verdad lo que mamá y papá hacen por William y por mí. Sería ingrato no reconocerlo, por mucho que en ocasiones pese sobre mis hombros la influencia social de mi familia. Aparte de mi hermano, Val es el único con el que puedo hablar de estas cosas. No obstante, por lo general me alegro de que mis amigos no tengan que ver con todo esto. Proceden de hogares adinerados, pero al mismo tiempo están muy alejados del nivel social de mi familia.

—Nosotros también podríamos marcharnos —propongo, aunque las pocas esperanzas que tenía se esfuman cuando veo que Val niega con la cabeza. La idea de quitarme estos tacones de una vez era demasiado bonita.

—No, no pasa nada —responde—. Además, estás demasiado guapa para no dejarte ver. Es mejor que te quedes un rato más y que los demás tengan motivos para sentir envidia.

Eso me inquieta. Los demás..., es decir, Sinclair. Aunque no creo que mi mejor amigo esté celoso de Val. De hecho, está colgado de Eleanor, de último curso. Lo que, por cierto, me trae sin cuidado. Me da absolutamente igual.

—Como quieras —respondo.

Val sonrío, algo que no estoy acostumbrada a ver. Normalmente su rostro es tan serio como la expresión de sus ojos castaños. Su estructura ósea no es de este mundo. Valentine Ward es todo pómulos. Pómulos, pómulos, pómulos y una nariz clásica que le confiere una apariencia digna de los orgullosos dioses griegos. Si ya es bastante atractivo de normal, más aún en momentos como este, cuando va enfundado en un traje oscuro hecho a medida que le queda perfecto y destaca sus hombros anchos. Valentine Ward es alto, esbelto y atlético. Es tal como imaginas que debería ser el capitán del equipo de rugby de un internado de élite.

Me coloca la mano en la parte baja de la espalda.

—He oído que el próximo fin de semana vendréis a comer a casa —me comenta mientras volvemos a entrar.

—Entonces ya sabes más que yo —replico—. A mí no me han dicho nada.

—Mi madre quiere que vaya, y he pensado que tal vez a ti te apetecería acompañar a tus padres. Así será un poco más soportable.

Titubeo. Mis padres saben que Val y yo tenemos «cierta afinidad», como le gusta decir a mi madre. Pero sería la primera vez que nos presentamos frente a ellos como una pareja. Si es que realmente lo somos, claro. No tengo ni la menor idea, y tampoco me gustaría precipitarme. Hemos acudido juntos al baile de Año Nuevo, pero eso puede significarlo todo o no significar nada. Cuando Val me pidió

que lo acompañara, antes de las vacaciones de Navidad, enseguida pensé en Sinclair. Y luego sí, luego me alegré. Val se lo ha currado mucho. Estuvo paseando conmigo por la librería Ebrington Tales a pesar de que sé de sobra lo aburridos que le parecen los libros. Después tomamos chocolate caliente en el Blue Room Café y finalmente me lo pidió. Tenía sentido responderle que sí, aunque luego me pasara media noche en vela pensando en la cara de mi mejor amigo cuando se enterara.

—Hablaré con ellos —me apresuro a responder—. ¿Pippa también irá?

La expresión de Val se endurece más que de costumbre mientras niega con la cabeza. Siempre resulta delicado mencionar a su hermana. Philippa Ward se graduó en la Dunbridge Academy hace cuatro años y se matriculó en Oxford para estudiar Derecho con tres becas. No hay duda de que es superdotada, por lo que también es el orgullo de los Ward. Y no es que los padres de Valentine no estén orgullosos de él, pero están muy centrados en el rendimiento académico de sus hijos y Val no brilla precisamente en ese aspecto. Desde que su tío ya no da clases en el internado, parece que tiene todavía más dificultades para aprobar.

—No, tiene exámenes —se limita a contestar, tras lo cual retira la mano.

Genial. Cada vez que se encierra en sí mismo de ese modo y no muestra sus sentimientos es como si me golpeará en el pecho. Supongo que nunca ha aprendido a exteriorizarlos. Veronica y August Ward no son personas frías, pero tampoco destacan por sus demostraciones de afecto o su calidez.

—Espera —me dice Val mirando a uno y otro lado. Acto seguido, se dirige con determinación hacia el guardarropa, que está a un lado del vestíbulo. En un rincón relativamente discreto descubro a Cilian, que justo en ese momento se inclina sobre una mesa. Me quedo de piedra cuando comprendo lo que están haciendo.

Siempre había pensado que lo del consumo de cocaína entre los alumnos de último curso era un simple rumor, pero parece evidente que he sido una ingenua. Me quedo quieta mientras Val se acerca a los demás. Unos cuantos alumnos de octavo salen de la sala y nos lanzan miradas cargadas de escepticismo. Espero que no nos vea ningún profesor. Me mordisqueo el labio inferior mientras miro a mi alrededor.

—¿Tori?

La voz de Val suena como un ofrecimiento. Cuando me vuelvo hacia él, arquea las cejas para reclamar una respuesta, pero yo niego con la cabeza.

—No, gracias.

«Gracias...» No soy tan tonta como para eso.

—¡Vamos! —exclama Cilian.

—Paso —insisto con mi voz más firme.

—Eres una Belhaven-Wynford, ¿a quién quieres engañar? La nieve está bien vista entre la gente de tu nivel.

—Déjalo —interviene Val para mi sorpresa. En su voz hay algo amenazador que le cierra el pico a Cilian, que me lanza una mirada de desprecio antes de volverse—. Lo siento —me dice Val—. Normalmente no consumo, pero las últimas semanas han sido una verdadera mierda.

Me limito a asentir en medio del silencio incómodo que reina de repente mientras Val se inclina sobre la mesa

llevándose un dedo a la nariz. No parece que sea la primera vez. Y no me gusta, no me gusta nada. Ya me parece bastante mal que todos beban, pero tal vez soy demasiado susceptible. En cierto modo incluso puedo llegar a entender a Val. Desde que su tío tuvo que dejar Dunbridge, las cosas no han sido fáciles para él. Dentro de menos de ocho semanas empezarán los exámenes para los alumnos de último año y ya no podrá contar con su apoyo. Yo tampoco es que sea nada del otro mundo, pero al menos saco buenas notas. Hace poco le ofrecí a Val que estudiáramos juntos, pero no se lo tomó demasiado bien. Nos peleamos y se pasó la tarde entera levantando pesas y entrenando con la máquina de remo en el gimnasio del internado. Al final decidí que lo mejor sería no entrometerme.

Val se incorpora de nuevo. Se pasa el dorso de la mano por el bigote y echa la cabeza atrás un momento. Las aletas de la nariz le tiemblan cuando toma aire con vehemencia.

—¿Todo bien? —pregunto en voz baja cuando por fin vuelve a envolverme los hombros con el brazo.

Val asiente sin mirarme siquiera.

—¿Quieres bailar?

Dudo porque, para ser sincera, lo que más me gustaría en estos momentos es estar con Sinclair, Emma y los demás. Es el primer baile de Año Nuevo que no paso con mis mejores amigos. Pero también es el primero al que acudo con una cita de verdad, cosa que, en el fondo, estaba deseando. Me obligo a sonreír.

—Claro.

Val toma un trago de la botella de ginebra que le ofrece Cilian y el estómago se me revuelve un poco. Niego con la cabeza cuando Val me la ofrece.

—Más tarde, quizá —miento.

Val no replica nada, pero pone los ojos en blanco mientras se lleva la botella a los labios de nuevo, aunque tal vez solo me lo haya imaginado.

La música a todo volumen nos recibe nada más cruzar las puertas dobles del salón de baile. Reconozco la canción enseguida, cuando solo han sonado los primeros compases. *Thinking Bout You*, de Ariana Grande. La pista de baile está llena, las lentejuelas y las bolas de espejos brillan reflejando la luz. El estómago me da un brinco cuando Val me ofrece el brazo para ayudarme a bajar los pocos escalones de la amplia escalinata de piedra que hay en la entrada. Cuando lo miro, parece conciliador de nuevo. La luz le ilumina el rostro y arroja sombras sobre sus rasgos afilados. Realmente estoy en el baile de Año Nuevo con Valentine.

Y todos nos observan. Noto sus miradas cuando entramos. Val no aparta el brazo y me conduce hasta el centro de la sala, pasando junto a la gente que se acumula al borde de la pista de baile, charlando frente a las mesitas altas. Estudiantes de cursos intermedios se avisan entre ellos y nos señalan con disimulo.

Tengo la sensación de estar soñando cuando Val se vuelve hacia mí y me pone la mano en la espalda. Noto sus músculos cuando me agarro a su brazo. Es solo un momento fugaz, pero de repente pienso en Sinclair y en las clases de baile que compartimos en octavo, cuando me di cuenta de que mi mejor amigo tenía los bíceps sorprendentemente duros y de que era incapaz de agarrarme a él sin sentir algo extraño en el estómago. ¡La de veces que el señor Acevedo estuvo a punto de echarnos porque no parábamos de reírnos como histéricos y nos equivocábamos

con los pasos! Todo eso me viene a la cabeza como una corriente eléctrica cuando echo un vistazo por encima del hombro de Val hacia la entrada y me encuentro con la mirada inexpresiva de Sinclair. Está apoyado en la barandilla que hay arriba, junto a la puerta de doble hoja. Emma y Henry se besan sin contemplaciones y Gideon está a su lado moviendo los labios. Pero Sinclair ni siquiera se esfuerza en disimular que no lo está escuchando. Mira hacia abajo. Nos mira a Val y a mí, y sus ojos se clavan en lo más profundo de mi alma.

—Eh, que está sonando música.

Vuelvo la cabeza hacia Val. Su sonrisa no encaja con el tono cortante de su voz. ¿Es que ha visto a Sinclair y a los demás? ¿O solo lo decía en broma? Busco en su rostro algún indicio de enfado, pero no hay nada de eso.

—Lo siento —me disculpo con una sonrisa.

Val se acerca un poco más a mí.

—¿Te lo estás pasando bien? —me pregunta.

Asiento, pero es un acto reflejo.

—Sí, mucho.

—Tori... —suspira negando con la cabeza mientras seguimos moviéndonos al ritmo de la música—. Vamos, dímelo, ¿qué estoy haciendo mal?

—¿Cómo? —exclamo enseguida—. Pero si es fantástico, de verdad.

—¿Preferirías estar con tus amigos?

¿De verdad se me nota tanto? Tengo que aprender a disimular mejor.

—No. Estoy aquí, contigo.

—Pues sí —constata Val. De repente me mira a los ojos. Y no lo hace fugazmente, no de forma casual, sino que es

una mirada profunda que me deja paralizada por dentro. ¿Ahora nos besaremos? En las novelas y en las películas sería el momento adecuado. Estamos en la pista de baile abrazados. Solo tenemos que inclinarnos y cerrar los ojos. Socorro.

No sé si Val nota mi pánico, pero se aparta un poco, levanta el brazo y me ayuda a girar sobre mí misma. Cuando me atrae de nuevo hacia él, siento su mano más abajo que antes. Un cosquilleo nervioso me recorre todo el cuerpo. Es casi como si fuera demasiado consciente de los puntos en los que me toca. La canción llega a su fin y, por supuesto, ocurre lo mismo que en todas las películas malas de instituto. Empieza a sonar una lenta. Val me pone las dos manos en el culo y me atrae más hacia su cuerpo.

—Cuidado, amigo mío.

No tengo ni idea de dónde sale esa voz, pero, antes de que acierte a comprender lo que ocurre, Eleanor Attenborough corrige la posición de las manos de Val sobre mi trasero. Y cuando digo que la corrige quiero decir que se las aparta hacia arriba.

—Supongo que te consideras un caballero, ¿verdad? —le pregunta, tras lo que le lanza un beso cuando ve que Val abre la boca indignado. Eleanor vuelve los ojos hacia mí y me escruta un instante. No es una mirada de intimidación, sino más bien de alerta. Una mirada que me pregunta: «¿Te parece bien lo que está ocurriendo?».

Desvía la mirada cuando le dedico una sonrisa insegura, y a continuación desaparece entre la multitud.

—Caray con Eleanor —murmura Val antes de imitarla sin gracia—. «Cuidado, amigo mío...» Mierda, ¿está celosa o qué le pasa?

Me quedo callada. Es posible que Val lo vea de otro modo, pero yo no tengo la sensación de que Eleanor esté afligida precisamente. ¿Cuánto tiempo estuvieron juntos? Como máximo, dos meses, aunque por supuesto es tiempo más que suficiente para que todos los alumnos de Dunbridge hablaran de ello. Así es como funcionan las cosas aquí.

—Si quieres saber lo que pienso, a esta le falta un tornillo —afirma, y no tengo tiempo de reaccionar antes de que Val me agarre la mano y tire de mí—. En cualquier caso, larguémonos de aquí.

El instinto me dice que no es buena idea llevarle la contraria, por lo que lo sigo. Hoy Val parece algo veleidoso. Hace un momento quería bailar y quedarse un rato más. ¿Es por la cocaína? Entonces lo mejor sería no quedarme a solas con él, ¿no?

Ya no veo a Sinclair, Gideon, Emma y Henry mientras subimos los escalones que llevan hasta la puerta. Al menos los amigos de Val están en el vestíbulo. Él no me mira en ningún momento, sino que saca el móvil y lo consulta mientras salimos al exterior.

—Seguro que están detrás del gimnasio —murmura, y luego titubea un poco—. ¿Tienes frío?

Noto un respingo en el estómago cuando veo que se quita la chaqueta y me la ofrece. «Ya era hora», es lo primero que se me pasa por la cabeza. Lo segundo: «¡Dios mío, Valentine Ward me acaba de ofrecer su chaqueta!». Me queda grande, por supuesto, pero eso me encanta.

—¿Vamos con los demás? —pregunta.

—Claro —respondo asintiendo.

—¿O prefieres ir con tus amigos?

Lo pregunta sin el más mínimo tono de reproche en la voz, pero su mirada está cargada de expectación cuando me mira. Solo hay una respuesta correcta y sé cuál es.

—No —respondo negando con la cabeza. Más que nada porque tampoco sé dónde están ahora mismo.

Val me dedica una media sonrisa, y me parece de lo más atractivo.

—Sabía que elegirías bien —dice antes de doblar la esquina y empujarme contra la pared en un rincón oscuro. El corazón está a punto de explotarme—. Victoria Belhaven-Wynford, molas demasiado para ir con tus amiguitos de undécimo, ¿no te lo habían dicho nunca?

—Tú eres el primero.

Val sonrío con aire burlón.

—¿En serio? —pregunta, y acto seguido me besa.

Lo hace con un movimiento fluido, no lo he visto venir. Noto el frío del muro a través de su chaqueta y el corazón que me late a toda prisa, justo contra los labios de Val.

«Respira por la nariz. Cierra los ojos.» Es lo que hacen en todas las novelas. Dios, incluso las mujeres de las novelas que besan por primera vez lo consiguen. Lo llevan en la sangre. Y este tampoco es que sea mi primer beso. De acuerdo, es mi primer beso de verdad, pero, cuando cierro los ojos, vuelvo a ver a Sinclair en ese alféizar, con el pelo rubio cayéndole frente a los ojos cuando nos apartamos al mismo tiempo.

Val me agarra la cabeza y me acerca más a él. No me pregunta si me parece bien, si estoy cómoda. Se apodera de mí como si esa fuera mi única función como mujer. Los libros me han enseñado que eso es romántico, pero ahora mismo lo percibo más bien como una amenaza. Como si

me estuvieran requiriendo algo para lo que tal vez no estoy preparada.

Si no me aparto es porque no tengo elección. Y porque una parte de mí disfruta con lo que está ocurriendo. Noto un cosquilleo en el estómago y me tiemblan las rodillas.

Me sobresalto cuando oigo que se acerca alguien. Val no hace caso. Mete la pierna entre mis rodillas y mi cuerpo reacciona al instante con unas palpitaciones nerviosas.

Entonces me doy cuenta de que quien se acerca es mi mejor amigo. Y que se me queda mirando.

Detecto una mirada vacía en los ojos de Sinclair, y me siento como un jarro de agua fría. Pasa una fracción de segundo y luego desvía la mirada hacia otra parte. El sonido ahogado que se me escapa sin que pueda evitarlo hace que Val se detenga.

Cuando se aparta de mí, le brillan los labios y tiene las pupilas dilatadas. Me da un poco de miedo, pero al mismo tiempo me parece excitante.

—¿Soy el primero? —repite.

No sé qué es lo que quiere oír. ¿Le gustaría que le dijera que sí? A decir verdad, el beso que le di a Sinclair en séptimo no cuenta. Fue solo una broma. Asiento. Tengo la boca seca.